

*Discurso del Director General con ocasión de la celebración del
Día Mundial de la Alimentación
Roma, 16 de octubre de 2008*

*Señora Suzanne Mubarak, Esposa del Primer Ministro de la República Árabe de
Egipto*

*Señor Vincenzo Scotti, Subsecretario de Estado del Ministerio de Asuntos
Exteriores de la República Italiana.*

*Monseñor Renato Volante, Observador Permanente de la Santa Sede
ante la FAO,*

Señoras y señores Embajadores,

Señoras y Señores invitados de honor,

Señoras y señores;

Nos hemos reunido como cada año, aquí en Roma, para celebrar el Día Mundial de la Alimentación. El tema de este año es “La seguridad Alimentaria Mundial: los desafíos del cambio climático y la bioenergía”. Sin embargo, a causa de la crisis alimentaria que estamos experimentando desde hace un año, este Día es una ocasión también para dirigir la atención a los resultados de la Conferencia de Alto Nivel celebrada en la FAO el pasado junio.

El cambio climático nos afecta a todos, pero las regiones más pobres son de hecho sus primeras víctimas. Los más afectados son los cientos de millones de personas vulnerables ya malnutridas: los pequeños agricultores, los trabajadores forestales, los agricultores y los pescadores.

El cambio climático repercutirá también en la disponibilidad de recursos de tierras y agua, así como en la diversidad biológica. En las zonas de baja latitud, los cambios de temperatura y las precipitaciones, así como el aumento de la frecuencia de los fenómenos meteorológicos extremos, pueden conducir a reducciones importantes de la producción agrícola.

Las consecuencias del cambio climático podrían ser trágicas para el Continente Africano, que alcanzará los 2 000 millones de personas en los próximos 40 años.

El cambio climático probablemente contribuirá también a aumentar la migración hacia los países más ricos, y el aumento del nivel de los mares podría obligar a numerosas comunidades que viven en las tierras bajas costeras y los deltas a emigrar a zonas más elevadas.

Estos riesgos para la seguridad alimentaria deben encuadrarse, por tanto, en un contexto ecológico, social y económico radicalmente nuevo. A este respecto, el desarrollo de los biocombustibles crea una nueva presión adicional sobre la producción agrícola y modifica el contexto económico del sector agrícola.

El aumento de los precios del petróleo y del gas ha hecho que la bioenergía sea una forma de energía más competitiva, con lo que a su vez a reforzado su competencia con la producción agrícola para fines alimentarios. Los estudios más recientes de la FAO muestran que el efecto del desarrollo de los biocombustibles por encima del nivel alcanzado en 2007 podría determinar, según las producciones, un aumento de los precios del 5 % para el trigo, el 12 % para el maíz y el 15 % para los aceites vegetales en los próximos diez años. Las políticas de subvenciones y aranceles, así como la elaboración de mezclas de combustibles para la automoción han creado distorsiones en los mercados

internacionales, que afectan a la seguridad alimentaria mundial, como se muestra en el estudio de la FAO de 2008 sobre el Estado de la Agricultura y la Alimentación.

No obstante, en un mundo en el que el precio del petróleo aumenta constantemente y en que el acceso a la energía sigue siendo un problema para una parte importante de la humanidad, el desarrollo de la bioenergía no debe considerarse solamente como un riesgo. Podría constituir de hecho una oportunidad, ya que el balance energético del proceso de transformación no entraña un aumento de gases de efecto invernadero y la producción de bioenergía no se abastece de los recursos alimentarios disponibles.

Pero la agricultura es también una respuesta a los problemas del cambio climático. Puede contribuir a aumentar la retención del carbono, en particular limitando o eliminando la deforestación y la degradación de los bosques tropicales. Puede ayudar a mejorar la regeneración de los bosques y el control de incendios en los ambientes naturales. La reducción del uso de la tierra, el restablecimiento de la biomasa, así como la buena gestión de los pastos y de la nutrición y los desechos animales permiten aumentar también la retención del carbono en los suelos agrícolas.

La agricultura mundial debe afrontar todos estos nuevos desafíos en el contexto de una crisis alimentaria que requiere una respuesta mundial a corto, medio y largo plazo, teniendo en cuenta que se trata de un contexto en profunda mutación.

La crisis alimentaria mundial ha tenido en los últimos meses consecuencias sociales y políticas trágicas, con manifestaciones e incluso disturbios. En los

diferentes continentes, puede todavía poner en peligro la paz y la seguridad mundiales.

Esta nueva catástrofe era, sin embargo, previsible. En 1996, en esta misma sala, en la primera Cumbre Mundial sobre la Alimentación, 112 Jefes de Estado y de Gobierno y los representantes de 186 Miembros de esta Organización se comprometieron solemnemente a reducir a la mitad, para el año 2015, el número de personas aquejadas por el hambre en todo el mundo. No obstante, ya en 2002 nos vimos obligados a convocar una segunda cumbre mundial para llamar la atención de la comunidad internacional sobre el hecho de que los recursos que debían financiar los programas agrícolas de los países en desarrollo estaban disminuyendo en lugar de aumentar.

La ayuda otorgada a la agricultura pasó de 8 000 millones de dólares EE.UU. (base 2004) en 1984 a 3 400 millones de dólares EE.UU. en 2004, lo que representa en cifras reales una reducción del 58 %. Disminuyó también la proporción de la ayuda pública al desarrollo correspondiente a la agricultura, que pasó del 17 % en 1980 al 3 % en 2006. En los presupuestos de las instituciones financieras internacionales se registró una drástica reducción de los fondos destinados a las actividades que constituyen el principal medio de vida del 70 % de la población pobre del mundo.

No obstante, los programas de acción ya están listos. Los países en desarrollo, en cooperación con la FAO, han elaborado políticas, estrategias y programas que, de haber contado con financiación apropiada, hubieran permitido garantizar la seguridad alimentaria en el mundo.

En julio de 2003 en Maputo, los Jefes de Estado y de Gobierno reunidos en la Cumbre de la Unión Africana, aprobaron el Programa General para el Desarrollo

de la Agricultura en África (CAADP), preparado con el apoyo de la FAO. En él se hace hincapié en el fomento de la ordenación de los recursos hídricos, las infraestructuras y la capacidad de comercialización, el incremento de la producción vegetal y la reducción del hambre, la investigación agrícola y la divulgación de la tecnología, la producción animal, las actividades forestales, la pesca y la acuicultura.

En este contexto, 51 países africanos han formulado, en colaboración con la FAO, programas de inversión nacional a medio plazo y perfiles de proyectos de inversión financiados.

Las uniones económicas regionales UEMAO, CEDEAO, CEMAC, CEAC, SADEC, COMESA, IGAD y UMA también han elaborado, en cooperación con la FAO, programas regionales de seguridad alimentaria que ponen el acento en el comercio intrarregional y en las normas sanitarias y fitosanitarias de la OMC basadas en las reglas establecidas por la OMS y la FAO para la protección de los consumidores en el marco del Codex Alimentarius y de la Comisión Internacional de Protección Fitosanitaria.

Tras la ejecución de las fases experimentales de los programas nacionales y regionales de seguridad alimentaria en los países del CARICOM, en América Central y del Sur, la Cumbre Iberoamericana también aprobó en Montevideo (Uruguay), en noviembre de 2006, la Iniciativa “América Latina y el Caribe sin hambre 2025”.

Asimismo se han elaborado programas regionales análogos, en colaboración con la FAO, en Europa central y Asia central, para la Cooperación Económica del Mar Negro y la Organización de Cooperación Económica.

En definitiva, disponemos ya de numerosos programas y proyectos para abordar el problema de la inseguridad alimentaria.

Excelentísimos señores, señoras y señores:

Las causas de la crisis actual ya se han explicado suficientemente; no voy a volver una vez más sobre ellas. En cuanto a las consecuencias, son ciertamente dramáticas. Según nuestras últimas evaluaciones, en 2007, ha llegado a 923 millones el número de personas desnutridas, lo que representa un aumento de casi el 10 % con respecto a 2006.

Del 3 al 5 de junio de 2008, se reunieron en Roma delegados de 181 países, entre ellos 43 jefes de Estado y de Gobierno y más de 100 ministros, para participar en la Conferencia de Alto Nivel sobre la Seguridad Alimentaria Mundial. La Conferencia reafirmó la necesidad de producir más y, en consecuencia, de invertir más en la agricultura. También el Secretario General de las Naciones Unidas participó con nosotros en esta Conferencia celebrada en Roma. Presentó el trabajo inicial del Equipo de Alto Nivel sobre la seguridad alimentaria establecido por él y que continúa presidiendo todavía hoy.

Este equipo ha finalizado ya un Marco mundial de acción basado en los conocimientos y la experiencia de los organismos especializados de las Naciones Unidas y de las instituciones de Bretton Woods. Ha evaluado las necesidades a nivel mundial. Los representantes locales de la FAO, el PMA, el FIDA y el Banco Mundial, en cooperación con los diferentes gobiernos, han preparado programas por países. El Marco mundial de acción deberá afrontar las necesidades urgentes relativas a la ayuda alimentaria y la distribución de insumos, así como la inversión a corto, medio y largo plazo. Las necesidades

financieras anuales para este programa se estiman en 30 000 millones de dólares EE.UU.

La FAO ha emprendido en este marco la iniciativa que lancé en diciembre de 2007 para permitir a los agricultores de los “países pobres y altamente deficitarios en alimentos” reactivar su producción agrícola, facilitando su acceso a las semillas, los fertilizantes y los alimentos para el ganado.

La Organización ha recibido 79 solicitudes de participación en este programa. Se ha iniciado ya, o se ha programado, la distribución de semillas y fertilizantes en 76 de estos países. Este tipo de acción no es nuevo para la FAO, puesto que en los últimos 10 años ha ejecutado 1 022 proyectos de distribución de insumos por un valor total de 931 millones de dólares EE.UU.

Pero tengo que decir también que, frente a las expectativas de esos países, los recursos financieros disponibles para intervenir distan mucho de ser equiparables a las necesidades. Pese al entusiasmo de los discursos y los compromisos financieros anunciados por muchos países, solo una ínfima fracción de lo que se prometió el pasado mes de junio se ha abonado, alrededor del 10 % de los 22 000 millones de USD anunciados. Además, las cantidades entregadas se han destinado principalmente a la ayuda alimentaria.

Los compromisos adquiridos deberían conducir a proporcionar lo antes posible nuevos recursos rápidamente disponibles. Ha sido esta situación que ha justificado el nuevo llamamiento formulado por el Secretario General ante la Asamblea General de las Naciones Unidas hace menos de un mes.

Sé que la actual situación internacional marcada por una grave crisis del sistema financiero no facilita nuestra labor. Los medios de comunicación han centrado la

atención en la crisis financiera en detrimento de la crisis alimentaria. Sin embargo, esta crisis sigue ahí. El número de personas desnutridas, en lugar de disminuir, conforme a los objetivos de las Cumbres Mundiales sobre la Alimentación y del Milenio, ha aumentado en 75 millones en 2007 y esta cifra podría continuar incrementándose en 2008.

Excelentísimos señores, señoras y señores:

La solución estructural al problema de la seguridad alimentaria en el mundo reside en el aumento de la productividad y la producción de los países de bajos ingresos y con déficit de alimentos. Es preciso, pues, invertir la tendencia negativa de la proporción de la ayuda pública al desarrollo correspondiente a la agricultura. Tenemos que buscar también soluciones innovadoras e ingeniosas que promuevan la movilización de la inversión extranjera directa del sector privado. Conviene establecer, por ejemplo, asociaciones que respeten los intereses de las distintas partes concertando acuerdos entre los países que disponen de los recursos financieros y la tecnología, por una parte, y los que poseen tierras, agua y recursos humanos, por otra.

Para actuar de manera coherente a largo plazo, dada la importancia de los desafíos y las dificultades que se han planteado en los últimos años, es necesario fortalecer la gobernanza internacional de la lucha contra la inseguridad alimentaria aprovechando las estructuras y programas ya existentes.

A este propósito, se celebró ayer por la tarde un acto paralelo titulado “Iniciativas de creación de asociaciones y grupos de expertos de alto nivel sobre la seguridad alimentaria mundial” en el marco del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial, para que los Estados Miembros y los asociados de las

organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil pudieran intercambiar sus puntos de vista sobre estas cuestiones.

Cabe recordar que en 1996 se encomendó al Comité de Seguridad Alimentaria Mundial que asegurara el seguimiento de las decisiones y los programas de lucha contra el hambre y la inseguridad alimentaria aprobados por la “Cumbre Mundial sobre la Alimentación”.

Señor Presidente,

Excelentísimos señores,

señoras y señores:

La Conferencia de Alto Nivel, celebrada en esta misma sala el pasado mes de junio marcó un hito, que espero sea determinante, en nuestra lucha contra el hambre en el mundo.

Disponemos ya de un Marco mundial de acción. Disponemos también de propuestas para mejorar la gobernanza de los medios de lucha contra el hambre en el mundo. Contamos además con las promesas de financiación por valor de alrededor de 22 000 millones de dólares EE.UU.

En este Día Mundial de la Alimentación, deseo reiterar que sabemos ya lo que hay que hacer para erradicar el hambre de 923 millones de personas en todo el mundo. Sabemos también lo que hay que hacer para duplicar la producción alimentaria mundial a fin de alimentar a una población que alcanzará los 9 000 millones de personas en 2050.

Se requiere, sin embargo, la voluntad política y el respeto de los compromisos financieros adquiridos para efectuar las inversiones indispensables, con el fin de promover el desarrollo agrícola sostenible y la seguridad alimentaria en los países más pobres.

Esta es la garantía más segura de un mundo de progreso económico y social que crea las condiciones de paz y seguridad de la humanidad.

Muchas gracias por su amable atención.